

## SECCIÓN TERCERA

REMEDIOS DEL PECADO. MEDITACIÓN DE LOS NOVÍSIMOS, MUERTE, JUICIO,  
É INFIERNO.

### MEDITACIÓN LVII

#### *La muerte*

El pecado nos aleja de nuestro fin; el recuerdo de la muerte nos aleja del pecado, acercándonos de nuevo á nuestro fin.

I. Qué debemos pensar de la muerte.

II. Y qué del temor de la muerte.

PRIMER PRELUDIO.—Acerquémonos al lecho de un moribundo ó al borde de una sepultura abierta.... Escuchemos con atención las lecciones que desde allí nos da la muerte: *Sit mors pro doctore* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Dadnos, Señor, la gracia de comprender las severas lecciones que el sepulcro nos da y de penetrarnos bien de ellas para que podamos seguir con docilidad esa luz tan segura que trae consigo el recuerdo de la muerte.

#### PUNTO I

##### Qué debemos pensar de la muerte

La muerte no es sino el paso del tiempo á la eternidad; lleva en sí la idea de una salida y de una llegada: salida de la vida presente donde todo pasa; llegada á los siglos eternos donde todo es permanente. La muerte tiene su claridad y sus sombras, verdades evidentes y obscuridades impenetrables, y tanto las unas como las otras nos serán de mucho provecho si las consideramos como debemos.

(1) San Agustín.

1.º Hay en la muerte cuatro cosas seguras y evidentes, que son: vendrá inevitablemente; vendrá muy pronto; nos separará de todo lo temporal, menos del fruto de nuestras buenas obras; y fijará, en fin, nuestra suerte por toda la eternidad. ¡Cuántos motivos de reflexión!... ¡qué manantial de profundas impresiones!

Muerte inevitable. La fe nos lo enseña: *Statutum est hominibus semel mori* (1). La misma razón nos lo demuestra; siendo nuestro cuerpo naturalmente corruptible, es necesario que se resuelva en los elementos que lo constituyen. Sobre todo, la experiencia nos lo está probando todos los días. ¿Qué vemos por todas partes sino la imagen, el aparato, el duelo, los estragos de la muerte? A derecha é izquierda, en nuestras mismas familias, entre nuestros amigos y conocidos, todos van sucumbiendo, uno tras otro, bajo los golpes de la muerte. ¡Oh sacerdote, que has encañecido en los ministerios de la vida pastoral ¿cuántos has asistido en la hora de la muerte? Al celebrar la santa Misa... ¡cuántos parientes y amigos piden que los recuerdes en el *Memento* de los difuntos! En el Cielo ya no se muere nunca; se vive siempre: en el infierno se muere siempre y no se vive nunca; en la tierra se vive por algún tiempo y después se muere una sola vez para vivir ó para morir eternamente: de esto se sigue que la buena ó mala muerte es la que nos abre el Paraíso ó el infierno. Grande sabiduría es hacer de la necesidad virtud, y aceptando humildemente la muerte, repetir con frecuencia la protestación de nuestra dependencia de Dios, acto el más heroico y meritorio con que podemos honrar en esta vida su soberano dominio.

Muerte cercana. ¿Qué es el hombre aun dotado de la salud más robusta?.... Un fruto que parece hermoso en el árbol, pero que lleva dentro un gusano que lo va devorando, y que le hará caer cuando menos lo piense.... ¿Qué es la vida? Una chispa que se apaga, un vapor, un ligero soplo que se disipa y desvanece:

(1) Hebr., IX, 27.

*Vapor est ad modicum parens* (1) y..... ¿sobre este vapor y sobre esta chispa se levantan tantos proyectos?

Yo llevo la muerte dentro de mí mismo; ó mejor dicho, ella me lleva dentro de sí misma, puesto que en mí, dentro de mí y alrededor de mí reconozco mil causas de muerte. No; no tardará en venir: *Memor esto quoniam mors non tardat* (2). Entre mí y la muerte no hay sino un paso: *Uno tantum gradu ego morsque dividimur* (3). La vida no es sino una lucha continua contra la muerte..... Si así no fuera ¿para qué ese sueño reparador que hace descansar mis miembros..... el alimento que tomo para mantener y reparar mis fuerzas?..... ¿para qué los vestidos con que nos cubrimos y protegemos..... para qué tantas precauciones de todo género que solemos tomar para preservarnos de las enfermedades? ¿para qué?.... para apartar la muerte de nosotros. Pero todo es inútil: voy muriendo todos los días y todos los instantes de cada día; cada latido de mi corazón es una inmensa brecha que se abre á mi vida y me acerca al sepulcro..... ¡Oh alma mía! ¿para qué tanta solicitud en este mundo, donde no estamos sino de paso, mientras tan poco te cuidas del mundo venidero, adonde nos lleva la muerte y donde siempre hemos de habitar?

Separaciones de la muerte. No hay duda..... la muerte rompe en un instante todos los lazos que nos unen á la tierra: parientes, amigos, propiedades, placeres, entretenimientos..... todo es preciso dejarlo, y para siempre..... tengo que dejar mi mismo cuerpo, objeto de tantos y tan solícitos cuidados..... y será arrojado en una fosa; presa de los gusanos que lo devorarán..... el tiempo con todos los medios de salvación que me ofrece tengo también que dejarlo. Pero ¡qué! la muerte ¿no nos ha de dejar absolutamente nada? Sí; nos deja nuestras obras, la alegría ó el sentimiento, según sean obras de justicia ó de pecado..... ¡Oh muerte, muerte! ¡qué saludables son tus

(1) Jac., IV, 15.

(2) Eccli., XIV, 12.

(3) I Reg., II, 3.

consejos! *O mors, bonum est iudicium tuum!* (1). ¡Qué bien nos enseñas á juzgar de todo y á ordenar nuestros afectos! ¡Qué luz derramas sobre estas máximas: *Adhærere Deo bonum est* (2). *Quid adhæret creaturæ, cadet cum labili; qui amplectitur Jesum, firmabitur in ævum* (3). ¡Oh muerte, cuánto siento no haberme aprovechado mejor hasta ahora de tus lecciones!

Decisión suprema de la muerte. Una sola vez se muere: según sea la muerte, tal es la suerte para toda la eternidad. Una mala vida puede repararse hasta el último momento; pero una mala muerte es la desgracia más irreparable de todas las desgracias. Si muero en gracia de Dios, todo se ha salvado, y para siempre; pero si muero en pecado, todo está perdido para siempre y sin remedio. Sisara fué muerto á manos de Jael que le atravesó la sien con un clavo y le dejó en la misma posición en que estaba durmiendo; así la muerte me fijará por toda la eternidad en la situación en que me encuentre. Si me sorprende en estado de pecado mortal, mi voluntad quedará inmutable en el pecado, y la de Dios inmutable en la venganza: *Periisse semel, æternum est* (4). ¡Oh momento de la muerte del que depende toda la eternidad, si tú estuvieras siempre presente en mi pensamiento santificarías todos los momentos de mi vida! *O momentum, unde pendet æternitas!*

2.º Pero entre tanto hé aquí lo que la muerte tiene de obscuro y oculto: vendrá y pronto; más ¿cuándo? ¿en qué lugar? ¿en qué circunstancias? ¡Ah, es cierto que este momento decisivo de mi suerte eterna está más cerca de lo que yo pienso..... ¿Podré tener algunos días..... algunas horas al menos para prepararme á este paso tan terrible? Mi muerte..... ¿será tranquila..... dulce..... ó, al contrario, violenta, repentina y dolorosa? ¿Tendré tiempo de recibir los Sacramentos y socorros de la Religión, ó me veré pri-

(1) Eccli., XLI, 3.

(2) Ps. LXXII, 28.

(3) Imit., lib. II, cap. VII.

(4) San Bernardo.

vado de ellos? Estos son secretos impenetrables que Dios sabiamente se los ha reservado para sí.... Si mi curiosidad, ó el deseo de conocer negocio tan importante, le pregunta sobre estos puntos, sólo me contesta: *Vigilate, estote parati*..... y ocultándome el término de mi vida, me obliga á estar sobre mí, á estar vigilante y servirle con fidelidad en todos mis momentos. ¿Qué otra cosa nos recuerdan á cada paso las frecuentes muertes repentinas sino ese paternal aviso de Jesucristo? (1). Un sacerdote iba á administrar la Extremaunción; cae en el camino, y precisamente á él se aplica el Santo óleo que llevaba para un moribundo. Otro falleció en el confesonario; iba ya á pronunciar la sentencia cuando él mismo oyó la suya de boca del supremo Juez.... Otro estaba predicando.... anunciaba la palabra divina.... De repente su voz se debilita, se apaga.... cae desplomado y muere. Otro al levantarse por la mañana y al volverse del lado derecho al izquierdo, solo tiene tiempo para gritar: ¡Dios mío! ¡Ah me muero sin asistencia de mis hermanos! El célebre padre Maldonado se solía poner cinco veces al día en estado de comparecer ante Dios, y fué hallado muerto en su cama, sin que nada hubiese hecho presagiar un fin tan próximo. San Ligorio cuenta de un sacerdote que fué atacado de apoplejía fulminante al pié del altar al comenzar la Misa; sus últimas palabras fueron: *judica me, Deus*....

Si pues, tenemos fé ¿cómo nos atrevemos á vivir en un estado en que no quisiéramos nos cogiese la muerte? *Vigilate, quia nescitis diem, neque horam*.... *Estote parati*..... Cuando la nave se ve arrebatada por la tormenta, ya es tarde para empezar á buscar el modo de resistirla; la muerte vendrá sobre nosotros como horrible tempestad que nos ha de sorprender cuando menos pensemos en ella (2). Sólo es

(1) *Quoties audisti a dicentibus, quia ille gladio cecidit, ille submersus est, ille ab alto ruens cervicem fregit, ille manducando obrigit, ille ludendo finem fecit*.... (Imit., lib. I, capítulo XXIII).

(2) *Cum irruerit repentina calamitas, et interitus quasi tempestas ingruerit*. (Prov., I, 27).

prudente el que tiene siempre el alma en sus manos, y dispuesto á dejarla en las manos de Dios Nuestro Señor: *Anima mea in manibus meis semper* (1).

## PUNTO II

### Qué debo pensar del temor de la muerte

En vista de esto ¿qué debo pensar acerca del temor de la muerte? Ese temor es justo; pero debe ser prudente y moderado. La muerte es el castigo de nuestra prevaricación original: de aquí ese horror instintivo con que la rechazamos. El desorden pues, no consiste en temer la muerte, temor que nos es propio y natural y es como un recuerdo de nuestra inmortalidad primitiva: el desorden consiste en temerla más que al pecado; ó más bien, en amar el pecado mientras que sólo el pensamiento de la muerte nos hace estremecer. «¡Oh ceguedad! exclama Bosuet, si es un mal tan grande el que nuestro cuerpo pierda el alma.... ¿cuánto peor es que el alma pierda á Dios?.... Si nuestros sentidos se sobrecogen de horror á la vista de un cuerpo tendido en tierra sin vida ni movimiento.... ¿cuánto más horrible no es considerar un alma reducida á cadáver espiritual, á sepulcro de sí misma, pues estando separada de Dios por el pecado, ya no tiene vida ni sentimiento, sino para hacer eterna su muerte?»

Según San Agustín, debemos habernos en cierto modo, con respecto á la muerte, como con respecto á Dios; temerlo porque es terrible, pero amarle porque es misericordioso. Así hemos de temer la muerte porque es terrible, mirada desde cierto punto de vista; pero debemos tranquilizarnos hasta desearla, hasta amarla, porque nos lleva al soberano é infinito Bien si queremos merecerlo. Más aún, no es la muerte la que debemos temer, sino el pecado que hace que la muerte sea mala: *Una res est pertimescenda, peccatum*. (2). *Non mori, sed male mori*,

(1) Ps. CXVIII, 109.

(2) San Crisóstomo.

*malum est* (1). El pecado, aun separado de la muerte, es el mayor de todos los males; junto con la muerte es la consumación de todos ellos; pero la muerte sin el pecado..... ¿qué es á los ojos de la fe? ¡Ah Dios mío!... dejadme la muerte con tal de que me quitéis el pecado: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.*

Postrados ahora á los pies de nuestro Dios y Señor, tomemos todas aquellas resoluciones que querríamos haber tomado cuando llegare el supremo momento, al cual nos vamos todos acercando sin parar. Hagamos tres fervorosos coloquios, dirigiéndonos en primer lugar á la Santísima Virgen, protectora de la buena muerte, diciéndole la salutación angélica é insistiendo con fervor en estas palabras: *Nunc et in hora mortis nostræ.* Acudamos en seguida á Jesucristo Nuestro Señor, que murió en la Cruz por nosotros, esforzándonos en unir nuestra muerte á la suya, y digamos lentamente y con sentimiento el *Anima Christi.* Finalmente, encomendémonos á Dios Padre, pidiéndole por los méritos de su Hijo la gracia que corona todas las gracias, á saber, la de morir en su amor, diciendo con fervor el *Pater noster.*

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—¿Qué debo pensar de la muerte? Es un paso del tiempo á la eternidad y tiene sus certidumbres y sus incertidumbres. 1.º Vendrá, vendrá pronto, nos despojará de todo, y fijará nuestra suerte por toda la eternidad. Muerte inevitable. La fe lo enseña, la razón lo demuestra, la experiencia nos presenta mil pruebas de hecho á cada paso. ¿Qué es lo que vemos? ¿qué es lo que oímos? Por todas partes el espectáculo de la muerte: todo nos habla de la muerte. Muerte cercana. ¿Qué es la vida? Una centella que se apaga, un ligero soplo que desaparece. Cada latido de mi corazón es una brecha que se hace en mi vida. Muerte que nos separa de

(1) San Crisóstomo.

todo. No nos dejará más que nuestras obras: alegría ó pesar, según que aquellas obras hayan sido de justicia ó de pecado. Unirse á Dios, hé aquí lo único que conviene. ¡Oh muerte, haz que yo me aproveche de tus hermosas lecciones! Muerte decisiva. Se muere una sola vez: como sea la muerte así será mi suerte por toda la eternidad. 2.º Yo sé que la muerte vendrá y pronto, pero ¿cuándo?... ¿En qué circunstancias?... Será apacible ó violenta? ¿repentina ó lenta? Dios me contesta: Vigila y orad. Nada más común que las muertes repentinas: estemos, pues, siempre preparados.

PUNTO SEGUNDO.—¿Qué debo pensar del temor de la muerte? Sin duda que es justo, pero debe ser á la vez prudente y moderado. Una sola cosa es verdaderamente temible y es el pecado. Es por tanto un gran desorden temer más la muerte que el pecado. ¿Qué propósitos quisiéramos haber tomado y fielmente practicado cuando llegue la hora de la muerte? Tomémoslos desde ahora y esforcémonos para ponerlos en práctica.

#### MEDITACIÓN LVIII

*Circunstancias de la muerte. Aplicación de los sentidos*

- I. Aplicación de la vista.
- II. Del oído.
- III. Del gusto.
- IV. Del tacto.

Una de las causas porqué no solemos sacar gran fruto de la meditación de la muerte es porque la consideramos más bien respecto á los demás que con respecto á nosotros mismos. El Espíritu Santo, sin embargo, no ha prometido la inapreciable prerrogativa de la inmunidad del pecado sino á aquellos que nunca pierden de vista su propia muerte: *Memorare novissima tua et in æternum non peccabis* (1).

Representémonos pues, las circunstancias que pro-

(1) Eccli., VII, 40.

bablemente acompañarán nuestra propia muerte, y apliquemos á ellas nuestros sentidos.

Los preludios como en la meditación precedente.

### PUNTO I

#### Aplicación de la vista

Dad ante todo una ojeada á vuestro aposento iluminado por la débil luz de una lámpara..... de aquí saldréis para entrar en «la casa de vuestra eternidad (1).» Mirad después aquellos muebles más ó menos conformes con la pobreza de Jesucristo..... aquellos libros de donde habíais de sacar la ciencia eclesiástica y la piedad, fijaos en aquel Crucifijo, el más precioso de todos vuestros libros, del cual los santos han aprendido la sabiduría de los elegidos ¿qué veis en El, sobre todo, en este momento?.... ¿qué os recuerdan todos estos objetos?.... ¿acaso el olvido de vuestro estado, faltas de toda clase, omisiones?.... Dios está dispuesto á perdonaros si os arrepentís. Mirad después vuestro lecho; es el altar de vuestro último sacrificio ¿y la víctima dónde está?.... ¡Ah, tal vez no esté lejos el tiempo de su sacrificio!.... Echad también una ojeada sobre las personas que os asisten y os rodean..... que lloran ó se quedan insensibles; que salen después de haberos dado su último adiós, ó que se acercan para recibir el vuestro; mirad á aquellos hermanos que os visitan, y á quienes hoy vais á dar una gran lección..... el director de vuestra conciencia que procura encaminar todos vuestros pensamientos hacia la eternidad, sugiriéndoos sentimientos piadosos..... Fijaos además en vuestro buen ángel que multiplicando sus caritativos cuidados os defiende, os alienta, os excita á que os aprovechéis de aquellos últimos instantes, cada uno de los cuales puede mereceros una eternidad dichosa..... todavía tenéis vida, dentro de pocos minutos estaréis muerto..... Por último, lanzad una mirada sobre el demonio que sabiendo el poco

(1) Eccles., XII, 5.

tiempo que le queda para poder conseguir vuestra perdición eterna, os ataca con más saña y furor: *Descendit diabolus..... habens iram magnum, sciens quod modicum tempus habet.* (1).

### PUNTO II

#### Aplicación del oído

Prestad oído al monótono tic-tac que produce la péndola de vuestro reloj. Cada una de sus oscilaciones os advierte que estáis un segundo más cerca del tribunal de Dios.... más cerca de la eternidad. Escuchad luego las palabras que en voz baja se están profiriendo en vuestro derredor ..... vuestra respiración afanosa, el entrecortado estertor mensajero de vuestra muerte.... los acompasados toques de la campana que anuncian vuestra agonía.... las preces que se rezan sollozando.... lo que vos habéis pedido para otros moribundos hoy lo piden para vos: *Sancta Maria, ora pro eo..... Omnes sancti et sanctæ Dei, intercedite pro eo..... A mala morte, a pænis inferni, a potestate diaboli, libera eum, Domine.....* Escuchad, por último, la fórmula de la recomendación del alma, acto tan dulce para un buen sacerdote, y tan terrible para el malo: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo.....* Todo ha concluido: el mundo ya no existe para vos.... *Commendo te omnipotenti Deo.....* ¡Oh, qué palabras tan espantosas para el ministro de Dios que haya sido infiel á sus obligaciones!.... ¡Ya está entregado á la justicia de un Dios omnipotente é irritado!.... ¡qué júbilo, por el contrario, para el sacerdote fervoroso! Su corazón se llena de júbilo al ver que la Iglesia militante, agradecida por el afecto y devoción con que la sirvió durante su vida, ahora suplica á la Iglesia triunfante para que interceda en su favor. ¡Oh! cuán suaves y agradables le sabrán estas palabras: *Egredienti animæ tuæ de corpore splendidus ungelorum cætus occurrat; iudex Apostolorum tibi senatus adveniat; candidato-*

(1) Apoc., XII, 12.

*rum tibi Martyrum triumphator exercitus obviet; liliata rutilantium te confessorum turma circumdet; jubilatium te Virginum chorus excipiat..... ¡Oh, cuánta dulzura experimentará al oír: Mitis atque festivus Christi Jesu tibi aspectus appareat!....*

### PUNTO III

#### Aplicación del gusto

Imaginaos que estáis gustando toda la amargura que entraña la agonía de un moribundo que corrió locamente durante su vida tras las vanidades del mundo: *Siccine separat amara mors?* (1). Más aún: figuraos que estáis probando cuanto de acerbo y angustioso puede imaginarse en la agonía de un sacerdote infiel á su sublime vocación..... Pensad luego que vuestro paladar gusta de toda la inmensa dulzura é inefable paz que encierra el recuerdo de una vida sacerdotal empleada única y enteramente en amar á Jesucristo. Gustad pues, de la tristeza, del tedio, de los remordimientos y temores del primero..... y saboread la calma, el júbilo, la inefable esperanza del segundo..... y resolved.

### PUNTO IV

#### Aplicación del tacto

Imaginaos que estrecháis en vuestras lánguidas y trémulas manos la imagen de Jesús crucificado; y que lo acercáis á vuestros labios..... que tocáis vuestro propio cuerpo, del cual va huyendo la vida, y que dentro de poco no será más que un cadáver..... que palpáis esos brazos disecados por la enfermedad, y que ya comienzan á enfriarse; ese rostro bañado en sudor frío..... el corazón que casi ya no late..... ¡A cuántos de vuestros feligreses, hermanos y amigos habéis visto en ese doloroso estado!... Pues bien, muy pronto ha de llegar vuestro turno. ¡Ah, haced hoy mismo para bien de vuestra alma las saludables re-

(1) I. Reg. XV, 32.

flexiones que vuestra agonía inspirará dentro de poco á los que la presencien!

Sacad gran provecho de esta sentencia, en la cual la misericordia se une estrechamente á la justicia: «*Morte morieris.*» Después de nuestra degradación por el pecado, y de las ventajosas condiciones en que nos ha vuelto á poner el divino Redentor ¡cuán útil nos es el morir! ¿Qué importa que la muerte sea inevitable, si mediante las buenas disposiciones de nuestro corazón podemos hacer que sea voluntaria é infinitamente meritoria? Aceptémosla pues, desde ahora con todas las circunstancias que según plazca al Señor la han de acompañar.

Sí, Jesús y Dios mío, puesto que Vos lo queréis yo también lo quiero: á pesar de toda la repugnancia con que mi naturaleza corrompida mira la muerte, consiento en recibirla de vuestras manos, sometiendo libremente á la sentencia que me condena á morir. Me someto á ella como criatura racional. ¿No sois Vos acaso el Creador de todas las cosas? ¿el que ha formado este vaso de barro no podrá también destruirlo cómo y cuando le plazca? Me someto á ella como pecador, y muy gustoso acepto esta penitencia que Vos mismo me habéis impuesto. Castigad ¡oh Jesús mío! al culpable, pero perdonad al que arrepentido de corazón llora sus culpas, Me someto á ella como cristiano. Sí; mi Salvador ha muerto por mí, y yo también quiero morir por El. Después que el dueño, el Rey, el verdadero Dios ha muerto por su esclavo ¿qué le queda á éste sino gloriarse de poder con su muerte obedecer á su Señor, agradar á su Rey, asemejarse á su Dios? Por último, me someto á ella como sacerdote. Por este título debía yo, Señor, haberos glorificado con mayor perfección que los simples fieles; mas ¡ay! que lejos de glorificaros os he ofendido cada día y á cada paso.

Venga pues, la muerte, ¡oh Jesús de mi corazón: sólo ella puede librarme de ofenderos, y me proporciona el medio de ofreceros el sacrificio completo de todo mi sér! Muriendo tributaré un ren-

dido homenaje á vuestra existencia eterna, y, humillados mis huesos, ensalzarán á su manera desde la tumba, vuestra infinita grandeza: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* (1). También yo con el santo Job «diré á la podredumbre y á los gusanos que ellos son mi herencia» (2): sólo Vos, ¡oh Jesús mío! sí, sólo Vos poseéis el poder, la plenitud del ser y de la vida. Y confesaré con David, «que yo paso como una sombra, me seco como el heno (3); desaparezo como el humo; pero que Vos, Señor, sois siempre el mismo, y vuestros años son eternos» (4). Finalmente reconoceré con el Apóstol «que el momento de mi inmolación está cerca» (5): pero en Vos cifro toda mi esperanza. «¡oh Rey immortal! á quien sólo es debido el honor y la gloria por todos los siglos de los siglos» (6).

Rezad devota y pausadamente el *Anima Christi*.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Aplicación de la vista*. Dad una mirada a vuestro cuarto: váis á salir de allí para entrar en la eternidad. Mirad esos muebles, esos libros, ese crucifijo..... ¿qué os recuerdan esos objetos? Mirad vuestro lecho; es el altar sobre el cual ofreceréis vuestro último sacrificio..... ¿dónde está la víctima? Observad las personas que entran y salen, que se acercan y se alejan: esos hermanos, el director de vuestra conciencia. Ved también á vuestro buen Angel que redobra sus esfuerzos y celo..... y el demonio que redobla su furor....

PUNTO SEGUNDO.—*Aplicación del oído*. Escuchad el monótono tic-tac de la péndola. Las palabras que se dicen en vuestro rededor. El ronquido de vuestra respiración afanosa. Las oraciones que se rezan: *Santa María, rogad por él*. Meditad la conmovedora ceremonia de encomendaros el alma, acto tan consolador para el buen sacerdote. Oíd á la Iglesia

- (1) Ps. XXXIV, 10.
- (2) Job, XVII, 14.
- (3) Ps. CI, 12.
- (4) Ps. IV, 13.
- (5) II. Tim. IV, 6.
- (6) I. Tim. I, 17.

militante que piden los valiosos auxilios de la Iglesia triunfante.

PUNTO TERCERO.—*Aplicación del gusto*. ¡Oh cuánta amargura encuentra el corazón tibio en esos postreros combates de la naturaleza, cuando las congojas de un alma inquieta vienen á acrecentar las flaquezas y dolores de un cuerpo que se muere!.... ¡Cuánta dulzura por el contrario experimenta el buen sacerdote al recordar su vida empleada en amar y en hacer amar á Dios!

PUNTO CUARTO.—*Aplicación del tacto*. Tomad el crucifijo en vuestras trémulas manos. Aplicadle vuestros labios cuando os lo presentan, palpad vuestro cuerpo del cual se aleja velozmente la vida. Llevad la mano á ese rostro bañado de sudor frío..... á ese corazón cuyo último latido se va aproximando. ¡Ah! no dejéis de hacer hoy las saludables reflexiones que vuestra agonía inspirará muy pronto á cuantos la hayan de presenciar.

## TRES MODOS DE ORAR

cuyo uso se recomienda en los Ejercicios  
de San Ignacio

### PRIMER MODO DE ORAR

Esta primera forma de orar consiste en una especie de examen intercalado de afectos, de sentimiento, y de resoluciones, que se hacen ya sobre los mandamientos de la ley de Dios, ya sobre los pecados capitales, ya sobre las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad; ya sobre los cinco sentidos corporales: vista, oído, gusto, olfato y tacto. En hacer dicho examen se observará el método siguiente:

1.º Antes de comenzar recogeos y preguntaos á vos mismo ¿qué es lo que voy á hacer? Voy á meditar sobre tal punto.....

2.º Pedid á Dios la gracia de conocer los pecados que habéis cometido, por ejemplo, contra los manda-